

mas que el vacío, el horrible vacío; luego llevó con desesperacion las manos á los ojos, como para arrancarse la venda fatal; y al último, obra todo de un instante, estrellándose contra la inexorable realidad que lo encadenaba, cayó sin sentido.

En aquel momento postrero en que su razon sucumbia, oyó un grito de Rafaelita, y al mismo tiempo, casi diríamos miró, porque la intuicion es á veces demasiado poderosa, á Dolores que se dirigia rápidamente y radiante de gozo, á un jóven que estaba en el salon: era Lorenzo.....!

Cuando Manuel, al dia siguiente, volvió en sí, se encontró con Rafaelita y Lorenzo que vigilaban su sueño al lado de la cama.

Débil y rendido como despues de una lucha, el ciego no tenia fuerzas para moverse; ofuscada su razon por la violencia de las impresiones, parecía despertar de una pesadilla; y fluctuando entre la vigilia y ese sueño pesado y fatigoso que sucede á las crisis nerviosas, su imaginacion solamente conservaba recuerdos trunco y terribles.

V.

LOS dias que se sucedieron á la escena que hemos referido al principio de esta historia, fueron tristes, silenciosos, opacos, eternos para la familia del ciego.

Manuel permanecia encerrado en su aposento, Rafaelita, inquieta, enferma, vagaba por la casa con esa agitacion de una persona que no halla consuelo en ninguna parte; Lorenzo, taciturno, sombrío, contemplaba el dolor de aquellos dos seres queridos, y tenia deseos de morir, porque se sentia huérfano y abandonado sin el amor de Manuel y de Rafaelita. En los breves instantes que el jóven estuvo en el baile, habia hecho descubrimientos terribles que mas y mas lo disgustaban de la vida. Como si su alma no hubiera podido salir inmaculada de aquel lugar, al ver que otro hombre se atrevia á querer á Rafaelita, á esa mujer á quien él adoraba de rodillas sin atreverse ni aun á ofenderla con el pensamiento, habia sentido encenderse en su pecho la llama de los celos! ¡Él, tan puro, tan lleno, de abnegacion; él, que veía con tanto regocijo el amor de Rafaelita y de Manuel, contentándose con vivir de los reflejos de aquella luz, tenia celos desde esa hora mil veces maldita.....!

Manuel pasaba noches enteras llorando con su violín, único amigo á quien se atrevía á revelar sus dolores, sus dudas, sus deseos; pero siempre concluía, frecuentemente sin quererlo, por repetir la cancion de Dolores; esa cancion fatal, que con su armonía voluptuosa renovaba sus angustias..... ¡Entónces, agitado, tembloroso, inyectados en sangre los labios, perdía la razon, arrojaba el instrumento y corria como frenético de un extremo á otro de la pieza, cual si quisiera huir de sí mismo!

La voz suave, aterciopelada de la viuda, zumbaba incesantemente en sus oidos, y el ciego la sentia como un soplo tibio y perfumado que lo hacia estremecerse de placer.....!

¡Amaba, sí! Habia llegado, al fin, á convencerse de esta horrible verdad; pero era aquel un amor extraño y delirante que en nada se parecia al que profesaba á Rafaelita, el cual crecia en medio de estos mismos combates.

¡Hubo momento en que Manuel tuvo una aprension verdaderamente espantosa, y se llevó las manos al pecho para saber si tenia dos corazones, que acordes hasta entónces, acababan de separarse por un fenómeno; porque se le figuraba imposible que en uno solo pudieran caber aquellos dos amores tan distintos, tan contradictorios, sin dañarse el uno al otro!

¡Amaba á Dolores! ¡Extraño misterio del corazon! La amaba, y ni siquiera la conocia; mas hubiera adivinado su presencia entre mil.....—La sintió pasar á su lado y se estremeció, porque este amor es un verdadero fenómeno fisiológico; experimentó una vez el contacto de su piel sedosa, eléctrica, y su sangre se inflamó; oyó su voz, y

su corazon presintió placeres nuevos; despertaron entónces sus sentidos, y la amó, la amó.....! ¡No creéis que hay momentos en que se separan así el alma y el corazon.....?

¡Y en medio de esta angustia, cuando trataba de negarse á sí propio que pudiera amar á aquella mujer, recordaba su última impresion al caer desmayado, y tenia celos de Lorenzo! ¡celos terribles, brutales de todo el mundo, porque todos tenian ojos para ver, para devorar á Dolores, y él no podia ni aun mirarla.....! ¡Oh! cómo aborrecia entónces á los hombres; cómo hubiera querido anonadar á Lorenzo, aunque hubiese muerto con el mismo golpe, porque amaba entrañablemente al jóven.....!

Semejantes inquietudes no daban otro resultado que aumentar su mal de una manera extraordinaria; pero el corazon es como los niños: decidles cuando sufren que la tranquilidad los salvará!—Mientras mayores esfuerzos hacia por olvidar aquellas impresiones, mas profunda era la huella que en su imaginacion cavaban.

Era cosa indudable: el ciego amaba con la sangre á Dolores, así como amaba con el alma á Rafaelita; pero hé aquí que como el asiento de todos los sentimientos se encuentra en el corazon; el de Manuel, vírgen y enérgico, era el teatro de dos amores opuestos.....

Cruelles y terribles eran las horas de delirio que el músico sufría, fluctuando entre aquellos dos sentimientos, atraído por ambos, repeliendo sucesivamente al uno y al otro sin saber á punto fijo á cuál, y padeciendo mucho mas, porque excitado su corazon en tan singular lucha, cada amor parecia crecer con las fuerzas de su anta-

gonista, y hacerse á su turno, mas grande, mas seductor, mas impetuoso.....!

«Cada vez que el hombre concibe un deseo desordenado, inmediatamente cae en la inquietud.

«No hay paz en el corazon del hombre carnal; no la puede haber en el hombre consagrado á las cosas exteriores; este divino bien no se encuentra sino en el hombre ferviente y espiritual.» *

En efecto, tanto como es tranquilo, apacible, estático el amor verdadero, espiritual, así es convulso, tempestuoso este delirio de la sangre. ¿No son estos caracteres la prueba que revela mejor sus diversos destinos.....?

El ciego huía de todas las miradas, porque creía que quien lo viese, luego leería en su rostro su culpable pasión. No salía de su aposento, y el silencio y la soledad exacerbaban sus dolores. Sufria respirando léjos de Rafaelita, y no quería tenerla á su lado por temor de ofenderla; la adoraba como nunca, y presentía que si la tuviera cerca la rechazaría.....!

Rafaelita por su parte interpretaba aquel inusitado alejamiento, y lloraba desconsolada creyendo haber perdido el amor de Manuel, ese amor que era una necesidad vital de su existencia.

Separada del lado de su marido, ella, que hallaba en su alma una fuerza sobrenatural para sostener, para consolar á aquel hombre, se encontraba entónces viuda, débil, sin apoyo, y todo la espantaba. La declaracion de amor de D. Diego, á la cual ni siquiera dió oído la noche del baile, porque su imaginacion estaba pendiente del

* Imitacion de Jesucristo, lib. I, cap. VI.

canto de Dolores, poco á poco se fué fijando en su mente como esos caracteres escritos con tinta simpática, que aparecen en un momento fatal; y la desgraciada muchacha, al considerar en las intenciones de este sér maligno, á quien habia desdeñado porque se sentia fuerte con el amor de Manuel, se llenaba entónces de un terror profundo y nervioso. El primer efecto de estos grandes pesares es acobardar y comprimir el ánimo.

Todo lo sentia Rafaelita vacío y muerto á su alrededor, como si su corazon hubiera cesado de latir al mismo tiempo: y sin embargo, ¡cuánto sufría en medio de aquel aniquilamiento!

«Si mi alma no está contigo, pensaba la jóven recordando las palabras elocuentes de una mujer célebre por su amor; si mi alma no está contigo, no puede estar en ninguna parte, porque es imposible que exista sin tí.» *

Velando al pié de la cama del ciego, Rafaelita oyó todo el delirio; y aquellas palabras inconexas, pero ardientes, acabaron de revelarla toda la verdad funesta.

La soledad y el aislamiento fueron tambien terribles para ella. Comparóse le desgraciada con Dolores para adivinar qué podia haber en ella que cautivase á Manuel, y su dolor engrandeció á la viuda. ¡Hay siempre en la vida de las mujeres un momento solemne, decisivo, en que acuden á su espejo!

Entónces Rafaelita se creyó un obstáculo para la felicidad del músico, y con el alma llena de amargura le pidió á Dios la muerte. Amaba tanto á su marido, que quería hacerle el sacrificio de su vida para verlo dichoso.

* Carta de Heloisa á Abelardo.

¡Era lo último que podía darle, ella que le había dado su juventud, sus placeres de niña, su alma entera!

Pero notó entonces, á medida que la reaccion se operaba, que no por tanto sufrir se llegaba á morir, sino que por el contrario, las facultades del entendimiento, las potencias del alma se engrandecian en medio del dolor; y entonces comprendió que la muerte es un beneficio, y que ese desarrollo de sus facultades hace mas sensible á la criatura los dolores.

En este estado de agitacion moral pasaron algunos dias.

VI.

LA repentina retirada de Manuel de las reuniones en donde era el primer elemento de placer, causó una profunda y general sensacion. Durante los primeros dias, todos los que alguna vez habian aplaudido al simpático artista tuvieron á punto de honor informarse de su salud; pero la terquedad con que el ciego se rehusaba á recibir las visitas que se le hacian, y mas que todo, los dias que fueron trascurriendo, hicieron que cayera en el mas completo olvido. El mundo no es tan pronto en elevar un ídolo, cuanto en olvidarlo; y la indiferencia que sucede á esas popularidades de un dia, es impasible y terrible como la muerte.

Esto era precisamente lo que aguardaba D. Diego, personaje secundario y nulo en nuestra historia, pero que sirve en ella como uno de tantos resortes involuntarios que vemos figurar en el mundo, y cuya accion no se conoce sino cuando ya han dado el impulso que la suerte les encomendara; cuando el hombre dice gimiendo entre sí: ¡si no hubiera existido!.....

Hombre sin corazon, frio egoista, D. Diego sabia cal-